

◆ *Ulises criollo*, de José Vasconcelos ◆ *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, de Carlos Monsiváis ◆ *Ébano*, de Ryszard Kapuscinski ◆ *Había una voz*, de Adolfo Castañón ◆ *Los orígenes de la Inquisición en la España del siglo XV*, de Benzion Netanyahu ◆ *Obra entera. Prosa y poesía (1958-1995)*, de Rafael Cadenas

LIBROS

PHILIPPE CHERON

Relectura de un clásico

José Vasconcelos, *Ulises criollo*, edición crítica coordinada por Claude Fell, ALLCA XX, Col. Archivos, Madrid, 2000, 1149 pp.

La gestación de uno de los últimos títulos publicados de la colección Archivos ha sido larguísima. Como ocurre con los buenos licores, el añejamiento ha venido mejorando su calidad, y cuando el lector tiene un ejemplar en sus manos entiende las dificultades a las que debieron de enfrentarse los editores. Con más de mil páginas, este libro aprovecha el feliz hallazgo del manuscrito original de las *Memorias* de Vasconcelos, que se daba por perdido, y pretende abarcar todo lo mejor que se ha escrito sobre el primer tomo de éstas, el famosísimo *Ulises criollo*, cuyo texto queda así definitivamente establecido de manera rigurosa.

Salvo unas cuantas minucias que veremos más abajo, nada mengua el placer que siente uno frente a esta magnífica edición del primer volumen (probablemente el más célebre) de las memorias de aquel extraordinario mexicano, que siempre quiso estar lo más cerca posible del sol hasta correr el riesgo de quemarse, “que al querer salvarlo todo se pierde por entero”, como lo recalca Sergio Pitol en su “Liminar”. Y, de hecho, Vasconcelos se quemó, se frustró, se equivocó, pero, a pesar de todo, o quizá por esto, su grandeza queda en pie, y esta es la opinión de los expertos en la materia: Octavio Paz, por ejemplo,

pudo juzgarlo como “el mexicano mayor del siglo XX”.¹ Una rápida hojeada a este libro confirma ampliamente la concordancia de las opiniones en este sentido; incluso los más recalcitrantes no pueden dejar de considerarlo como el mejor escritor de la primera mitad del siglo. Sobre todo, hay coincidencia en el sentido de que si la veracidad histórica es a veces seriamente maltratada por Vasconcelos ello no impide que sus memorias sean una de las mejores *novelas* de su tiempo, y de que si Vasconcelos consideraba su obra filosófica como su máximo logro, hace tiempo que la crítica colocó a sus memorias en este pedestal en detrimento de aquélla. Grande, enorme, por su obra “novelística” cuya prosa ha subyugado a más de uno, Vasconcelos lo es también por su obra educadora, que no tiene equivalente en la historia del México independiente. Su grandeza descansa en un arrojado único, en una vocación poderosísima y, en última instancia, en una mística avasalladora, que no tienen parangón en sus contemporáneos y quizá en ningún otro mexicano. Magnífico e insufrible: ¿quién más hubiera escrito tranquilamente, refiriéndose a sus años mozos: “antes que la lujuria conocí la soberbia”?

Sin menospreciar el valor de los estudios que rodean y enriquecen este bellísimo texto, casi podríamos decir, exa-

gerando, que otro gigante en el mundo de las letras de la primera mitad del siglo lo entendió todo de inmediato—en 1935, recién salida la *novela* de las prensas—y supo ir lúcidamente hasta el fondo de la compleja personalidad de Vasconcelos. Después de juzgar acertadamente, de entrada, que se trata de “uno de los libros más importantes de la literatura mexicana contemporánea” y no por su valor histórico, “que es muy discutible”, Jorge Cuesta apunta que la de Vasconcelos “es la vida de un místico [...] que busca el contacto de la divinidad a través de las pasiones sensuales”. Todo en él es contradicción, y Cuesta contrapone su vida a su pensamiento señalando desde aquel entonces la equivocación: “este hombre no ha tenido sino ideas que *viven*: ideas que aman, que sienten, que odian y se embriagan”.

¡Y cómo viven y nos embriagan, no tanto sus ideas, sino su extraordinario arte y el esplendor de su prosa! Éstos dejan traslucir toda su volcánica energía, toda su fabulosa vitalidad capaz de pasar sin transición del amor sensual a la disquisición filosófica (no importa aquí cuán malograda esté), de la actividad revolucionaria a la vida mundana, o de llevar a cabo al mismo tiempo actividades divergentes: el proselitismo político durante su campaña del 29 aprovechando cada momento que podía para escribir su *Tratado de metafísica*, o la redacción de su *Estética* entrecortada por la del *Ulises*, como “des-

¹ Véase Enrique Krauze, “José Vasconcelos, la grandeza del caudillo”, *Letras Libres*, n.º 24, diciembre de 2000, p. 60.

canso de [sus] actividades serias” (p. XLI).

Rodolfo Usigli, que conoció de cerca a Vasconcelos, apuntó por su parte que “el grado más alto de su mexicanidad reside en el contraste, que fue su elemento natural; en la contradicción, que fue su atmósfera propia” (p. 895). Y si la sensualidad fue uno de sus grandes “pecados”, su relación con las mujeres tuvo también realizaciones de largo alcance, como lo apunta el mismo Usigli: “Las mujeres [...] lo seguirían denodadamente en la increíble aventura de 1929, y considero que trabajando a su lado cobraron o perfeccionaron la conciencia de la lucha por sus derechos cívicos” (p. 884). Si nada más fuera por eso, ¿quién podría dudar de la relevancia del papel de Vasconcelos en nuestro siglo?

Este tomo es un verdadero tesoro. Atinó el coordinador Claude Fell, gran especialista de Vasconcelos,² cuando tuvo la idea de completarlo con tantos excelentes artículos exhumados de las hemerotecas y bibliotecas para conformar el “Dossier”. No resistimos el placer de citar a Antonio Castro Leal, quien en 1940 decretaba que Vasconcelos escribía mal pero que lo salvaba la *emoción*, antes de decir hermosamente: “es un escritor inspirado, y su prosa, como los grandes árboles, necesita para cantar el viento que sacude” (p. 862).

La falta de espacio de una modesta reseña nos impide hablar de los ensayos contemporáneos, preparados por una decena de estudiosas y estudiosos para este libro y divididos en dos bloques: “Historia del texto” y “Lecturas del texto”. Baste decir que, en conjunto, este tomo reúne

todo lo que cuenta como comentarios en torno a esta obra cumbre de Vasconcelos. Quisiéramos terminar señalando que el rigor que caracteriza la edición peca a veces de excesivo. Inútiles pueden parecer, en efecto, muchas de las variantes indicadas en el amplio margen derecho del “texto”,³ ya que en su mayoría son intrascendentes: ¿a quién le puede importar la diferencia entre tal o cual edición en cuanto a mayúsculas o minúsculas (gerente o Gerente, naturaleza o Naturaleza), la presencia o no de una coma, o unas comillas, y otros detalles ínfimos de esta índole que —salvo excepción— no aportan nada importante? Esas variantes nimias podían haberse indicado de manera genérica en la “Nota filológica preliminar” del coordinador, sin insistir ya más. El hecho es que llegan en algunos casos a ser incomprensibles por tan minúsculas o, de plano, inexistentes. Leemos en el texto (p. 498): “Unas cinco leguas habríamos avanzado”, cuando la variante al calce reza así: “*FCE*:4 leguas habríamos avanzado”. Por más que buscamos, no percibimos la diferencia. Cierto, lo más probable es que el malicioso duende de las erratas hizo aquí de las suyas —a pesar de la cuidadosa pulcritud de la edición— y colocó una /t/ donde no debía aparecer: o sea, “habíamos” en lugar de “habríamos”. Dificultades y limitaciones de la edición crítica, riesgos del exceso de detallismo...

Encontramos otra pequeña insuficiencia en la reseña de las sucesivas ediciones, señalando las divergencias, las censuras, etc. Se proporcionan las referencias de página en aquellas ediciones,

lo que está muy bien, pero sin indicar a qué página corresponde, concretamente, en esta edición crítica que está consultando el lector. Lástima, hubiera permitido a éste remitirse directamente al texto inculminado por “los censores” o por los errores u omisiones, y así contextualizar fácilmente éstos. Por otra parte, si bien el coordinador escribe puntualmente en su nota que se señalan al margen “todos los cortes operados en el texto” (p. LXXXI), no siempre es así, como se puede ver en el ejemplo que da dos líneas después: en el capítulo “El Jockey Club” (p. 248) no aparece la mención de los párrafos eliminados en la edición expurgada de Jus.

Por otra parte, en el “Dossier” resulta arbitrario no agrupar los artículos de la prensa mexicana entre 1935 y 1937 dentro del apartado “Recepción crítica”, ya que forman parte íntegra de él. Hubiera sido más exacto llamar así a todo el “Dossier” y dividirlo en dos (o más) partes según las fechas (del 35 al 37, y del 40 al 97 para los textos y ensayos posteriores a la primerísima recepción).

En fin, unos cuantos reparos menores y marginales, que no rebajan esta monumental edición crítica. No cabe duda de que llega con toda oportunidad en este último cierre del siglo para culminar la reivindicación pública de aquel maestro de América, escritor fascinante y gran novelista de su propia vida —reivindicación iniciada en 1982 con la celebración de su centenario y, poco antes y después, con las primeras reediciones corregidas de sus memorias. Asimismo, es preciso saludar un tomo más de esa espléndida aventura editorial que es la colección Archivos, imprescindible para todos los amantes de las letras latinoamericanas. —

2 Autor del estudio *José Vasconcelos: los años del águila* (1920-1925), UNAM, México, 1989.

3 O sea, el texto propiamente dicho del *Ulises*, rodeado en esta edición de sus numerosos paratextos.

4 Esto es: edición del Fondo de Cultura Económica.



ÁLVARO ENRIGUE

Monsiváis o el arte de las sentencias

Carlos Monsiváis, *Salvador Novo. Lo marginal en el centro*, ERA, México, 2000.

Los libros de Carlos Monsiváis suelen mantenerse cohesionados más por un espíritu —la sensibilidad de un periodo, los métodos de promoción social en algún otro— que por los temas específicos que discuten. Todos los volúmenes de literatura, a fin de cuentas, batallan su gravedad en la cacería de un fantasma que los gobierne —que los haga un universo aislado, distinto al desastre de lo real—, pero en obras como *Amor perdido* o *Entrada libre* la felicidad del lector procede no tanto de las honduras de una u otra de las piezas coleccionadas como del sabor que deja su amalgama. Monsiváis gana cuando un tramo del mundo ha sido contenido, cuando lo difuso de los materiales con que trabaja se acumula hasta generar la ilusión de que cierta realidad fue agotada.

Salvador Novo. Lo marginal en el centro, a pesar de parecer un libro monolítico por su nombre y estructura, comparte con el resto de la obra de Monsiváis la incomodidad ante las piezas de aliento largo y firmeza genérica: no es una biografía, aunque comience con la infancia de Novo y termine describiendo su funeral; tampoco es una obra de crítica que revise sus trabajos a la luz de una serie de postulados duros. Se trata de una suma de textos organizados siguiendo un patrón biográfico, que van y vienen entre el ensayo y la crónica, y que a ratos se afianzan en formas ancillares: el panegírico, la historia de las mentalidades, la reseña. El resultado final es una vasta meditación sobre las actitudes de Novo frente a los hechos y personajes influyentes de la so-

ciudad mexicana del siglo XX.

Se puede decir de casi cualquier figura pública y longeva que fue testigo de un siglo; con Novo los términos están al revés: el siglo testificó sobre su vida. *Lo marginal en el centro* es, en ese sentido, un ensayo de explicación sobre los motivos del minucioso registro de los actos propios con que llenó su obra. También es una revisión de las estrategias de supervivencia que le permitieron desbancar a Gutiérrez Nájera como el dandy más competente que haya dado la Ciudad de México. En los fondos del volumen late lo que Severo Sarduy llamaba “relatos sobre la inversión”: historias afianzadas en la tradición carnalesca en que la trama no se organiza en hechos, sino a partir de transposiciones —de sentido, de vestuario, de sexo. Acaso el patrón biográfico que sigue el libro responda a este motivo. *Lo marginal en el centro* puede ser leído como una revisión desde lo inverso sobre los temas que tocaron a Novo de entre los que —a toro pasado— sabemos que fueron significativos para el siglo entero: la integración del grupo de Contemporáneos y sus polémicas, el tránsito de la administración pública militar a la civil, la construcción de una alta burguesía desesperada por un poco de ilustración, el movimiento estudiantil de 68. Es en este territorio, sutil y refrescante, en el que se anota lo más disfrutable del volumen, porque en él se suman las malevolencias y heterodoxias del autor y su crítico. Envueltos por el celofán devastador del desplante verbal, los hechos más solemnes de la historia cultural reciente pueden terminar en botana, y eso siempre se agradece.

Carlos Monsiváis es uno de esos autores, cada día más raros, en los que perso-

na y estilo son una sola cosa, el tipo de escritor que podría dejar de firmar sus artículos sin que nos diéramos cuenta. De entre los elementos que hacen característica su prosa, el más visible es el hecho de que su discurso se articula en el contrapunto de títulos intermedios —generalmente citas altamente significativas o voces que se pretenden distintas a la del autor y que hacen las veces de un coro— y sentencias que le conceden gravedad moral a un grupo de observaciones. Hay muchas máximas memorables, ardientemente irónicas, en su *Salvador Novo*: “Los escritores compensan la falta de estímulo escribiendo para el porvenir, o mejor, para esa forma cálida del porvenir que es el reconocimiento de unos cuantos, no necesariamente amigos”, o “Un dandy aislado es un anacronismo, un dandy reconocido ratifica la obtención generalizada del buen gusto”. Hay algo de búsqueda de una verticalidad clásica en este método. Como un Suetonio de las márgenes geográficas y temporales de Occidente, Monsiváis escribió la vida de un príncipe decadente y la cargó de sentencias. Hizo, más que un escrito biográfico, un compendio de sabiduría sobre el espíritu de un tiempo —el siglo XX— administrado siguiendo una retórica rigurosa. —



FABRIZIO MEJÍA MADRID

África, viaje *non-stop*

Ryszard Kapuscinski, *Ébano*, Anagrama, Barcelona, 2000.

Al hombre que ha visto 27 revoluciones, casi un centenar de sequías, guerras civiles, hambrunas y los encumbramientos y caídas de los poderosos en África, Latinoamérica y Asia, que en 1966 fue rociado con benzina por los rebeldes nigerianos (un oficial ebrio dio una contraorden justo a tiempo para evitar que lo inmolaran) y que, más tarde, en su casa de Varsovia, junto a su esposa Alicia, ha reconstruido sus experiencias en casi una veintena de libros y un documental (*Viaje imperfecto*, 1994), no se le puede considerar sólo un corresponsal de guerra. En una entrevista reciente para *Newsweek*, describió lo que le ha llevado a viajar por África cotidianamente desde 1957: “Estoy fascinado por la forma en que se hace la historia. Cualquier historia, de Europa o del mundo, siempre es dramática y sangrienta en un inicio. Lo mismo se aplica a África: nace en el dolor, el sufrimiento y el conflicto”.

En *Ébano*, Kapuscinski no viaja con las comodidades de los *media workers* de las cadenas internacionales, sino con los recursos del testigo: en camiones atestados de enfermos de malaria, en autos rentados que tiene que manejar entre manadas de ñus, haciendo auto-stop en medio del Sahara con un acompañante anónimo a quien se le descompone el coche, en lanchas que no le permiten escapar de un secuestro de periodistas rehenes en la isla de Zanzíbar y —como todos los africanos pobres— a pie. “Soy un poco un misionero —y muchos misioneros se han sentido bien en África. Es la única actitud posible; de otra forma, las condiciones pueden ser agobiantes. O también puedes ir a un hotel con aire acondicionado y refrigerador. Pero esa no es África”.

Caminando al lado de desempleados

y de los nómadas, Kapuscinski acompañó a varios de los líderes de las guerras de liberación del continente: consecuenta a un flamante ministro de Educación en Ghana que tiene 21 años y debilidad por las cámaras fotográficas, conoce a los tres dictadores de Uganda y atestigua los cambios que África ha sufrido en cuarenta años de historia: “A mediados de los setenta, se habían acabado las promesas de décadas anteriores, en cuyo transcurso la mayoría de los países del continente se habían liberado del colonialismo y habían empezado una nueva andadura de Estados independientes. Tenían la idea de que la libertad traería automáticamente el bienestar. Pero no ocurrió. Los nuevos países africanos fueron escenario de una lucha encarnizada por el poder que utilizaba todo: los conflictos tribales y étnicos, la fuerza del Estado, la tentación de la corrupción, la amenaza de la muerte”. Acaso el retrato más agudo que hace Kapuscinski sobre ese transcurrir es el de Idi Amín, uno de los dictadores de Uganda: alguna vez campeón de pesos pesados del box nacional, Amín había nacido en una localidad que quedó, como muchas, atrapada entre las fronteras de Zaire, Sudán y Uganda. Los pobladores de estas tribus tuvieron que emigrar a ciudades que los rechazaban por no ser originarios y porque no tenían nada que ofrecerles. Escribe Kapuscinski: “En Europa, la gente que se ve en la calle camina a un destino determinado. En una ciudad africana no va a ningún lado: no tiene a dónde ir, ni para qué. Deambula, permanece sentada a la sombra, mira a su alrededor, dormita”. De esa invasión obligada surge Amín, quien, como Bokassa en la República centroafricana o Soglo en Dahomey, es reclutado y ascendido por el ejército colonial, que prefiere contar con soldados que provengan de tribus distintas a las mayoritarias. Amín ni siquie-

ra sabe hablar swahili. Cuando da el golpe que destrona a su antecesor, Obote (que había descubierto que Amín le había robado oro y marfil a la guerrilla anti-Mobutu en Zaire), asesina a las tribus mayoritarias y reconstruye el ejército con jóvenes que no hablan las lenguas de la región, las bantús. Aislados del mundo en el que arrestan, torturan y ejecutan, los nuevos soldados dependen de Amín. Y éste les ordenará matar a trescientos mil opositores en menos de ocho años. Un desarraigado con un ejército de recién llegados, Amín cambió para siempre el rostro de Uganda: los peces de los lagos terminaron sobrealimentados y grasosos. Y es que las víctimas de su régimen eran sepultadas en el fondo.

El viaje *non-stop* de Kapuscinski es una ruta hacia la literatura: “Así nació, incapaz de quedarme en un lugar. Quizá sea una deficiencia: el hombre que está satisfecho no tiene necesidad de irse. Para mí lo más importante es escribir. Y para escribir, necesito esas historias”. Su África es el territorio del arte de los hechos: pueblos que padecen de hambruna junto a mercados llenos de mercancías, decenas de catedrales construidas dentro de montañas para evitar la ira de los musulmanes, presidentes europeos que apoyan a criminales, niños que componen milicias porque los adultos murieron en los primeros años, ladrones que se roban hasta el techo de las casas, tribus cuya única fuente de poder es una vaca o un camello, lugares donde tener una olla o una bicicleta hacen la diferencia entre la pobreza y la clase media, poblaciones que creen estar embrujadas y huyen de sí mismas, canciones patrióticas en el desierto cuyo coro es “mi Patria es ahí donde llueve”, familias que comparten un solo dulce entre decenas y lo hacen a partes iguales, y todo un continente que vive en un tiempo de penuria y tragedias que se compensa con un mundo paralelo donde los muertos te cuidan. Escribe Kapuscinski tras levantarse sobresaltado por los ruidos de la noche: “Aquí la vida es un esfuerzo continuo, un intento incesante de encontrar ese equilibrio tan frágil, endeble y quebradizo, entre supervivencia y aniquilación”. —

JOSÉ KOZER

La sosegada algarabía

Adolfo Castañón, *Había una voz*, Universidad Veracruzana, Jalapa, 2000.

El niño arrebujaado entre las manos aguarda emocionado las palabras de la madre que le va a leer, como todas las noches, un cuento de hadas: son las palabras recibidas de la tradición, palabras que recogen las ideas recibidas, inmemoriales, de la Historia constituida mito, historias: “Cierro los ojos y veo/ una lucecita/ No sé si es/ la última de la infancia”, se nos dice en el segundo de “Cuatro nocturnos” a modo de arraigamiento doble: por un lado, la lejana infancia con su diminuta luz, para que el niño tenga un asidero caso que despierte a medianoche; y, por otro lado, la diminuta luz última al fondo de esa otra infancia indefectible que es la muerte, luz que se apaga, incendio improbable.

Incertidumbre, desconocimiento: la voz que se escuchó había una vez ahora última al niño, da paso al poeta, ese herrero de yerros que dando palos de ciego añora la seguridad de las palabras recibidas a través de la madre, palabras sin incertidumbre; y a la vez, consciente de la pérdida, se enfrenta a la titubeante, arisca palabra poética que, desde un desconcierto, reinventa voz, procura en extrañeza un acceso directo, intuitivo, a todas las voces.

Castañón, el poeta, participa a todas luces de la visión que expresa Samuel Johnson en *Vida de Samuel Johnson* de James Boswell cuando éste dice que aquél dijo que “un escritor pasa la mayor parte del tiempo leyendo para poder escribir; un hombre virará de cabeza toda una biblioteca para poder hacer un libro”. To-

da una biblioteca, que es toda una Anunciación, se entrecruza y ramifica en el espíritu de Adolfo Castañón para conseguir la solidez, la sabiduría poética que *Había una voz* nos entrega. Esa sabiduría participa del imaginario mágico en que el niño (imago en potencia de la figura de la madre) se adormece al rítmico compás de la voz materna, receptora de los mil cuentos (cuerpos) y una noche (*corpus*) de la tradición: presencia mágica, por ejemplo, que reluce en el poema en prosa titulado “Torre de la Tour” en que las penumbrosas figuraciones de Georges de la Tour son verdidas en palabras, mediante chisporroteos sublunares, a través de la implícita presencia del mago Aladino: “súbdito del reino exacto de la baraja” este Aladino “frotando la negrura” hace brotar “la llamada ardilla de la luz” y, cómo no, “hace brotar fulgores”.

Fulgores son los poemas de este libro de Adolfo Castañón: su textura, su entramado, me recuerdan la ceremonia zen del *té (chanoyu)* en que el Universo es un equilibrio de llenos y vacíos y en que al verter el té espumoso las palabras y los gestos deben tener en derredor espacio y silencio, producir una sensación de recogimiento, de límite. El equilibrio, ceremonioso, ritual de *Había una voz* procede del intuitivo entrejuego de elementos diversos dispuestos como sucesión de poemas: ideas, filosofía, abren el camino (“Del ahora no hay memoria/ en el ahora”); abierta la senda espiritual lo poético se trasvasa en aparente subjetividad mediante una serie de autorretratos que fijan al poeta filósofo (“Bibliófilo hasta el sopor”) y al poeta cuerpo insaciable (“En las fiestas pantagruélico”, lo cual sus amigos bien sabemos). Incluso se nos dan,

poetizadas, ironizando, unas señas particulares que en verdad se vuelven del todo revelatorias no tanto en el poema que lleva ese título sino en el denominado “Plegaria del jardinero (domingo)”. El espíritu de la voz poética, efigie del propio autor, está inserto de modo desgarrado en este texto: se habla de un jardín propio pero heredado (restándole esfuerzo a la posesión); de un regar y podar no lo sembrado por mano propia sino la siembra recibida de manos ajenas; y se nos dice que en vez de escribir libros éstos se leen, lo cual (recordemos las palabras de Schopenhauer) contiene su elemento de desidia, de pereza, contrarrestado por el bello pensamiento-verso que dice: “Escribir para *pulir* la lectura”. Este autorretrato raspa con júbilo desgarrado, con sapiencia de quietud, en la idea de lo sucedáneo como modo de vida, como acceso a lo espiritual (¿no será para Castañón hacer poemas un sucedáneo de la voz desaparecida de la madre, su resplandor vivo substituyendo la infancia ida ante el atisbo inquietante de la venidera muerte?). Y así, nos dice que al no tener hijos se educa a los ajenos; y que al no fundar nada se prefiere restaurar “Cuidando lo engendrado”. La generosa idea, el bello concepto, cristaliza en señero, inmarcesible verso.

El niño que oye a la madre contar de noche sus mil cuentos de hadas, las mil y una invenciones de la Noche y de la Historia, decidió al pasar de la niñez a la edad adulta transformar, con toda naturalidad, aquella voz primera, primordial, y al hacerlo, creer (incluso a regañadientes) en la Voz que hubo una vez. Y ésta, ahora magnánima, se proyecta como júbilo, un júbilo que al decir de Joachim du Bellay (véase el epígrafe que encabeza el libro) “Sólo son noticias de otro diario”. Un diario que nos retrotrae a la infancia perdida, al júbilo de ingresar a la vida para madurar, convivir, crear (que es un modo fuerte de creer). Ese júbilo tiene dos momentos augurales, trascendentes, en verdad dos anunciaciones, en los poemas de perfección inaudita titulados “Segunda feria Augurio” y “Cuarta feria” (títulos que juegan con los días de la semana al modo

Los orígenes de la Inquisición

portugués). El primero recoge a golpe casi de hai-ku el leve movimiento de cascada de una figura joven, femenina, especie de madre primera, en su fluir hacia el propio poema, consagración de la voz hecha carne: la muchacha “Ávida de tacto intangible” resuelve esta paradoja cristalizándose en un “rostro” que a la vez se desprende para volverse fronda, follaje, fluctuante sintaxis. El rostro, fijo, identificable, da paso a la voz del agua que cae, escalón a escalón, dejando como rastro un crecimiento de vegetaciones, insabiles variaciones, la propia sintaxis del poema. Esta suave visión recogijada se concatena al bosque de flores azules de “Cuarta feria”, poema en que unas niñas de tul (procesión; primera comunión) van cantando por el camino sus religiosas plegarias, audibles, pero asimismo visibles (valga la paradoja) como “invisibles/enredaderas”.

Es el júbilo, es el amoroso respeto a la voz primera que amamantó, arrulló al niño, volviéndolo poeta: poeta lector, sabio poeta, ávido bibliófilo, amante padre de ajenos, amigo ulterior, marido enamorado de la carne que día a día lo acompaña en el brete y direte de la vida. Ese júbilo en *Había una voz* se abre a toda una serie de *divertimenti*, a toda una participación de anécdotas amistosas, a una proliferación de amistosos coloquios a la hora del Simposio: coloquio vuelto homenajes. Así, el dedicado al Oro Tigre que es Blake que es Quiroga que es Borges; y los homenajes a Fabienne Bradu, a Georges de la Tour, a Alí Chumacero, al loro de Banderilla, Veracruz, que perteneció al amigo poeta José Luis Rivas. Da paso el júbilo a la risa, ésta a la sonrisa, ésta a la conciencia claro que dolorosa de que la paloma ha de morir a veces como halcón (homenaje a Isaac Rabin). Sin embargo, por aquello de que “ Toda la creación tiene aire de familia ” la sabiduría poética de Adolfo Castañón le permite, en confluencia, equilibrar ideas, subjetivaciones, lirismos, en una final (sinfónica) mansedumbre que cual “carcajadas sollozantes” deviene Cántico y transverberación de la Voz de la madre que hubo una vez. —

Benzion Netanyahu, *Los orígenes de la Inquisición en la España del siglo XV*, traducción de A. Alcalá y C. Morón Arroyo, Crítica, Barcelona, 2000, 1269 pp.

La afición de los inquisidores por guardar sus papeles, que a menudo esperaban años, en el suelo, al hombre de la aguja que habría de coserlos y archivarlos, provocó una de las grandes paradojas del conocimiento histórico: del Santo Oficio, institución basada en el secreto, lo sabemos casi todo. Desde que Juan Antonio Llorente, antiguo secretario del tribunal que lo denunció con su *Historia crítica de la Inquisición* (1817), hasta la obra monumental de Ben Zion Netanyahu que hoy reseñamos, pasando por Amador de los Ríos y Charles Henry Lea, han caído, uno tras otro, los mitos tenebrosos y las mentiras piadosas que rodearon al Santo Oficio en España, desde sus balbuceos medievales en el siglo XIII hasta su abolición definitiva en 1834.

Hoy sabemos que las torturas inquisitoriales no fueron menos refinadas o crueles que las ejercidas contra los herejes en los países protestantes. Se ha constatado, también, que los primeros críticos del tribunal, liberales ardientes, exageraron exponencialmente el número de sus víctimas, y que la misma Inquisición española fue más benigna que el común de las cárceles seculares del crimen, ajenas a la aparatosa tramoya jurídica que rodeaba, a veces para bien de los acusados, a la Inquisición. La muerte en la hoguera, en fin, era un acontecimiento cotidiano en toda la cristiandad.

Admitidas todas las salvedades que solicita la crítica histórica y desterrada la Leyenda Negra que promovió Gran Bre-

taña contra Felipe II, cuyos fantasmones acompañaron en su ocaso al imperio español, el núcleo de la cuestión inquisitorial queda al aire libre y hacia éste dirige Netanyahu su sabia y preocupada mirada.

Al concluir *Los orígenes de la Inquisición*, de Netanyahu, el lector constata algo más terrible que las exageraciones legendarias: el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, formalizado por Fernando el Católico en 1480, es la matriz ancestral, por su forma y contenido, de la burocracia del exterminio que dominó el siglo XX. No es un problema radicado en la cantidad de sentenciados ni en las maneras de torturar. La forma inquisitorial de *inquirir*, precisamente, al no pretender la justicia sino la salvación del alma autorizó, más allá de toda clase de crímenes y confiscaciones, una manera de persecución ontológica nunca antes conocida y apoyada en una trama jurídica. Netanyahu, con una tesis que ha causado gran polémica entre los hispanistas, afirma que la Inquisición en España fue fundada para canalizar, gracias al monopolio estatal de un tipo específico de violencia, el racismo antisemita de las masas populares, de tal manera que su función como martillo de herejes o brazo de los poderes político y económico fue secundaria y, no pocas veces, contraproducente. En el centro de la Inquisición, afirma Netanyahu, está la Sentencia Estatuto de limpieza de sangre, lanzada desde Toledo en 1449 y adoptada, tras vehementes controversias, medio siglo después.

Para sustentar su tesis, Netanyahu realiza un recorrido minucioso y exasperante por la baja Edad Media ibérica. Aunque el autor sostiene, con razones endebles,

que el antijudaísmo tenía características propias antes de Cristo, su encuesta ratifica que la reputación deicida de los judíos corrió pareja con la entronización constantina del cristianismo como religión del imperio romano. Desde el dominio visigótico, España conoció graves incidentes antisemitas, mismos que desaparecieron casi totalmente mientras los árabes dominaron la península. Al calor de la Reconquista, la revuelta antijudía de 1391 incendió las aljamas castellanas y tuvo como protagonistas a las masas populares.

¿Cómo se convirtió la España de las tres culturas en el país de la Inquisición? Esa pregunta, acaso la más punzante de todas las que se han hecho los historiadores del tribunal, encuentra en Netanyahu no una respuesta, sino una serie de hipótesis, algunas viejas, otras nuevas. El erudito admite la impopularidad de los judíos, destinados por los príncipes católicos a la recaudación de impuestos, como una de las múltiples razones del antisemitismo de los villanos, quienes asociaron desde el principio lo semítico con el agente que administraba el despotismo de la nobleza y de los reyes contra los fueros de las ciudades. Pero así como es imposible escribir una historia del antisemitismo del siglo pasado sin Hitler, Netanyahu pasa a revisar la biografía política y psicológica de antisemitas patológicos como el padre Ferrán Martínez o Pablo de Santa María, obispo converso de Cartagena y de Burgos. Ambos agitadores no se ahorraron ninguna de las calumnias ancestrales contra los judíos, desde el asesinato ritual de niños y la profanación de los sacramentos hasta las más delirantes teorías de la conspiración.

Estos incansables personajes realizaron, en el mediodía del siglo XV, una actividad de reclutamiento y propaganda que, partiendo de Castilla, invadió el resto de los reinos peninsulares. El antisemitismo —es Netanyahu quien usa el término sin ambages— previo al establecimiento oficial del Santo Oficio fue una actividad amiga de la justificada insatisfacción popular y presta a abanderar toda querrela contra los abusos aristocráti-

cos y eclesiásticos. Ante éste, los ministros castellanos —como el condestable Álvaro de Luna— vacilaron entre la represión violenta —numerosos antisemitas fueron quemados por pillaje y rebelión— y la negociación con esa oposición etimológicamente democrática que, aspirante al cogobierno, a través de sus fueros y partidas, cogobernase. Durante esa guerra civil que duró décadas se gestó la *cuestión judía española*, que pronto planteó la disyuntiva fatal: conversión o exterminio.

Tras el terror de 1391, miles y miles de judíos se convirtieron al cristianismo. La mayoría de ellos lo hicieron como única alternativa ante la muerte o la miseria. No pocos, sobre todo quienes ya estaban política y económicamente integrados a la nobleza o a su aparato vicario, se convirtieron para defender su patrimonio y su influencia. Aquí es donde aparece la tesis más debatida de Netanyahu: esas conversiones, originadas en el pavor o en la conveniencia, fueron sinceras, y en el tiempo de una generación esos judíos se habían transformado en cumplidos cristianos, ansiosos de integrarse a una sociedad cuya élite los admitía en el gobierno civil, la Iglesia y el comercio.

Netanyahu se esmera en comprobar que, antes del siglo XVI, no hubo judaizantes en España. Su acopio documental pretende probar que esos cristianos nuevos se convirtieron en un grupo social de alto dinamismo, fácilmente identificable por su origen reciente, sus relaciones peligrosamente exogámicas con otras altas esferas del poder y ese orgullo primigenio que llevó a creer a algunos investigadores —un juicio que Netanyahu desecha— que la “limpieza de sangre” fue una invención judía que se volteó contra sus creadores.

Los orígenes de la Inquisición retrata a los cristianos nuevos como una nación que, al ser injertada por la fuerza en la república cristiana, intentó ser “más papista que el papa” y al serlo, dado el antisemitismo preexistente, resultó un injerto agresivo que acabó por generar los anticuerpos que crearon el Estatuto toledano de limpieza de sangre y, más tarde, a la Inquisición. Los cristianos nuevos, así, se

transformaron en un mecanismo de mediación entre la agresiva dispersión del bajo pueblo y un poder ansioso de centralizarse. Por ello, los defensores de los conversos, desde los reyes Juan II y Enrique IV hasta los alcaldes más modestos, cambiaban de bando según la temporada política. Incluso, concluye Netanyahu, puede decirse que tras la sangre y el fuego, y a costa de sufrimientos indecibles, los conversos “ganaron” la guerra, pues a fines del siglo XVII habían logrado perderse, tras haber renunciado a su identidad, en el magma étnico español.

Aunque escasamente habían sido respaldadas con semejante erudición y buen sentido, ninguna de estas tesis es nueva. Pero resulta sorprendente que un crítico de la Inquisición, judío practicante —padre, para más señas, del ex primer ministro israelí Benjamín Netanyahu—, realice en *Los orígenes de la Inquisición* una exculpación perentoria de la Iglesia Católica española y del papado como inspiradores o coautores del racismo inquisitorial. Una y otra vez, afirma el autor, pontífices, cardenales, obispos, clérigos regulares y seculares se opusieron, hasta fines del reino de Carlos V, no tanto a la necesidad del Santo Oficio, sino a la herética doctrina de la limpieza de sangre. Si la Iglesia acabó por ceder se debió a su derrota política ante el imperio, simbolizada por el saco de Roma en 1527.

Acaso lo más apasionante en el vasto tratado de Netanyahu sea su examen de las dos grandes disputas intelectuales judeocristianas, verificadas hacia 1450 y 1480, donde brillantes controversistas católicos, en diversos grados y circunstancias, defendieron al pueblo judío como honroso hogar de Jesús y a los cristianos nuevos como legítimos hermanos en la fe y en la comunión. Plumas magníficas y hombres valientes, algunos de estos teólogos y juristas fueron conversos, como el relator Fernán Díaz de Toledo, Juan de Torquemada —tío del inquisidor—, Alonso de Cartagena y Diego de Valera; otros eran cristianos viejos de la talla de Fernán Pérez de Guzmán, Lope de Barrientos, Alonso Díaz de Montalvo o Fernando de Polgar.

Los problemas teológicos a los que se enfrentaron estos letrados fueron de una enorme gravedad. Tejiendo y destejiendo las sutilezas que unen al Antiguo y al Nuevo Testamento, se preguntaron cómo era posible que Dios hubiese escogido a Jesús, vástago de una raza aparentemente maldita, para encarnar en el Cristo. Algunos se deshicieron en elogios de las virtudes de un pueblo no en balde elegido por la gracia. Otros —dándole la razón a quienes predicaban la conversión pacífica, como Vicente Ferrer, otro de los clérigos rehabilitados por Netanyahu— refutaron esa tara o enigma insondable que significaba la fidelidad de los judíos hacia la antigua ley. Las conversiones desatadas desde 1391 y multiplicadas a lo largo del siglo XV probaban que España era el escenario de ese milagro, la conversión del resto de los judíos a la nueva fe. Por ello, el cristiano nuevo debía ser la oveja consentida de la Iglesia, pues cumplía la profecía milenarista de San Agustín: “Vendrá un tiempo, y ese tiempo será el fin de la duración del mundo, cuando todo Israel creará”.

Otros controversistas fueron más lejos y dieron la batalla, perdiéndola, en la más espinosa de las cuestiones, la acusación de deicidio contra la totalidad del pueblo judío y su heredad. Díaz de Montalvo, nacido en 1404, relativizó la culpabilidad de la Pasión pues Cristo había sido crucificado por sólo *algunos* judíos, cuyo número era equivalente al de los gentiles involucrados en el crimen. Pero todos, dijo el teólogo, habían quedado exonerados por Jesucristo, al tenor de “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen” (Lc. 32, 34). Otras tesis, muy heterodoxas, pretendieron que ese perdón universal negaba inclusive a la conversión como concepto, pues un judío era, por principio, una suerte de catecúmeno en espera eterna del bautizo, acción que lo haría transitar entre dos leyes complementarias.

Las tesis a favor de los judíos, y sobre todo de los cristianos nuevos, fueron una y otra vez aplaudidas y respaldadas por la mayoría de la jerarquía española y por los pontífices romanos, quienes llegaron

a lanzar anatema y excomunión contra los ideólogos de la limpieza de sangre. Queda claro que obispos y papas no procedían por caridad, sino por un imperativo dogmático, pues todo estatuto de limpieza de sangre negaba, con alevosía y contumacia, la eficacia divina y plena del bautismo. Que la Iglesia haya cedido, desde el siglo XVI, en un punto de doctrina de esas dimensiones, cobijando en su seno una herejía tan atroz según su propia retórica, es un misterio que a Netanyahu no parece interesarle. Su exculpación del papado, sustentada en la patrística, la teología dogmática y casi un milenio de bulas, es un acto de autoridad del historiador que, supongo, deja en manos de los católicos la culpa por semejante automitilación de la universalidad que separó, con Pablo, a la iglesia de la sinagoga.

Los orígenes de la Inquisición es una obra que termina cuando comienzan las preguntas más interesantes. No siendo Fernando el Católico un antisemita, al fundar la Inquisición toma la decisión política que rehuyeron sus antecesores Juan II y Enrique IV: elegir, con clamoroso éxito, las pasiones y las reivindicaciones del populacho de las ciudades contra los cristianos nuevos y sus protectores en la élite. La permanencia del Santo Oficio, formalizado para *inquirir* legalmente sobre la limpieza de sangre, según la explicación de Netanyahu, no fue calculada por Fernando, quien confiaba en que la tradicional habilidad de los cristianos nuevos les permitiría capear el temporal.

Entonces, ¿por qué el tribunal pasó de ser itinerante y temporal a permanente y secular? Netanyahu sugiere que se debió a la inercia ociosa del odio racial, promovida por un aparato que, contra lo que reza la leyenda, siempre estuvo en bancarrota y fue onerosísimo para la Corona. La expulsión de los judíos en 1492 y la represión de los conversos —reavivada contra los portugueses en el siglo XVII— no sació a los inquisidores. Ante esta reformulación de la Leyenda Negra más vale volver a teorías más acabadas, como las de Henry Kameen o Francisco Tomás y Valiente, quienes vieron a la Inquisición como un péndulo entre dos polos magnéticos, el

Estado y la Iglesia, que para intercambiar sus atributos requerían de una mediación simbolizada, más que ejercida, por el tribunal.

Finalmente, me figuro que la lectura de *Los orígenes de la Inquisición* debe ser algo incómoda para el judaísmo ortodoxo. Tanto defiende Netanyahu la sinceridad litúrgica y ética de los cristianos nuevos, que si incurrieron en malas interpretaciones de su nueva religión fue por ignorancia o exceso de entusiasmo, que pareciera que habían ascendido a una forma superior de espiritualidad y vida intelectual, dejando a quienes permanecieron judíos hasta la expulsión de 1492 como una suerte de minoría retardataria. Netanyahu cuida ese flanco al recoger los testimonios de los judíos del siglo XV, quienes vieron a los conversos no sólo como apóstatas sino como auténticos cristianos.

Con elegancia, Benzion Netanyahu llega, sin abusar de un paralelo histórico que aletea a lo largo de mil páginas, a la comparación entre la España de 1480 y la Alemania de 1933. Ambas sociedades se debatieron, horrorizadas, entre un racismo tenaz y la integración de los judíos a la cristiandad. Una vez lograda ésta, en España en el siglo XV y en Alemania en el XIX, los conversos o integrados fueron desconocidos por sus vecinos, denunciados por sus amigos, desamparados por los poderes espirituales y terrenales y, al final, aniquilados por razones estrictamente raciales. Una vez lograda la conversión mediante el terror, los antisemitas toledanos permanecieron insaciables. De inmediato, acusaron a los cristianos nuevos de judaizar, marcados por la maldición del deicida. Quinientos años después, los nazis se ahorraron la conversión y pasaron al exterminio. Pero si Netanyahu acierta, pese a tantas atenuantes históricas a considerar, las leyes raciales de Nuremberg nacieron en Toledo en 1449. A lo largo del milenio el judío fue un hombre o una mujer quienes, obligados a convertirse al cristianismo o ansiosos de integrarse a la sociedad burguesa, tarde o temprano fueron confrontados ante la impureza de su sangre, preludio del patíbulo. —

GUSTAVO GUERRERO

Una raíz mística

Rafael Cadenas, *Obra entera. Prosa y poesía (1958-1995)*, FCE, México, 2000, 724 pp.

La coincidencia es feliz y hay que celebrarla. Sólo unos escasos meses separan la aún fresca aparición de una antología de Rafael Cadenas en España¹ y el reciente lanzamiento, en México, de esta impresionante *Obra entera*. Ambas publicaciones dan fe del creciente interés que hoy suscita, en las dos orillas de la lengua, una de las voces más originales y menos conocidas de nuestra poesía: la de un gran solitario venezolano que ha ido recorriendo los más diversos caminos de la prosa y el verso en busca de una palabra justa e incondicionada. Su nombre, como el de su compatriota Eugenio Montejó, es, desde hace ya muchos años, una referencia obligada entre antólogos, estudiosos y especialistas; pero faltaba una edición que no sólo le asegurara a su obra la difusión que merece, sino que permitiera presentarla además en una perspectiva de conjunto —la única que, en verdad, garantiza una comprensión cabal de su propuesta. El volumen del Fondo de Cultura Económica cumple con este doble cometido al reunir y ordenar toda la producción del autor desde 1958 hasta 1995, incluyendo sus libros de ensayo *Realidad y literatura* (1979), *Anotaciones* (1983), *En torno al lenguaje* (1989) y *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* (1995). Le corresponde ahora al lector aceptar el reto que supone adentrarse en un universo textual donde las formas y los registros enunciativos más variados se someten a la prueba del silencio en una intensa experiencia de los límites de la dicción poética.

No es otro, creo, el hilo secreto que anuda los diferentes momentos de la meditación de Cadenas sobre el lenguaje y

el mundo. Se ha dicho y se ha repetido que su obra parece escrita por poetas muy distintos —y no está de más recordar aquí que Eugenio Montejó, perspicaz, le dedicó su poema “La estatua de Pessoa”. Es verdad que la solución de continuidad no puede ser más evidente entre el amplio vuelo imaginativo de las prosas de *Cuadernos del destierro* (1960), los aforismos y sentencias de *Memorial* (1977) y el desencantado lirismo de *Gestiones* (1993). Pero no resulta menos claro que, cuando se leen estos libros en la secuencia que forma la obra completa y, en particular, a la luz de los ensayos, la aparente multiplicidad acaba convirtiéndose en el signo visible de la fidelidad de Cadenas a una actitud ética y estética esencial. Y es que el venezolano no sabe ni puede escribir sino desde una posición crítica, conflictiva e inestable. En lucha permanente con su propia enunciación, su poesía traduce, a la par, el afán de escapar a las trampas de la retórica moderna y la necesidad de poner en tela de juicio las estructuras cognitivas que determinan nuestra aprehensión de la realidad. De ahí que el poeta sea, en estas páginas, el primer adversario del poeta y su verso, una equívoca arma de doble filo. El “Ars Poética” de *Intemperie* (1977) es quizás la mejor ilustración de las tensiones internas que condicionan el proceso creador cadeniano. Vale la pena citarlo *in extenso*: “Que cada palabra lleve lo que dice/ Que sea como el temblor que la sostiene/ Que se mantenga como un latido/ No he de proferir adornada falsedad ni poner tinta dudosa ni añadir brillos a lo que no es/ Eso me obliga a oírme. Pero estamos aquí para decir verdad/ Seamos reales/ Quiero exactitudes aterradoras/ Tiemblo cuando creo que me falsifico. Debo llevar en peso mis palabras. Me poseen tanto como yo a ellas/ Si no veo bien, dime tú, tú que me conoces, mi mentira, señálame la impostura, restrié-

game la estafa/ Te lo agradeceré, en serio. Enloquezco por corresponderme/ Sé mi ojo, espérame en la noche y divísame, escrúrame, sacúdeme”.

De un libro a otro, Cadenas ha tratado de seguir al pie de la letra este exigente programa que le lleva a romper constantemente consigo mismo, y a cambiar de tono y de modelo de escritura en pos de una expresión más auténtica. Su objetivo, como confiesa en *Anotaciones*, es “designar lo indesignable”. En otras palabras —y con otras palabras—, ampliar las fronteras del lenguaje más allá de las innumerables descripciones que fundan nuestra percepción del mundo. En esos confines, que son los de toda poesía que se respete, Cadenas se mueve siempre al borde del silencio, en una contenida austeridad que compendia lo decible y lo indecible. Cadenas ha sabido hacer de su obra un instrumento de reflexión sobre la posibilidad misma de la poesía en nuestro tiempo. Sin embargo, su trayectoria lo ha ido conduciendo a una crítica del idealismo, que lo aleja del poeta español, y a una postura a la vez optimista e irónica, muy distinta a la de la peruana. Si algo define hoy su trabajo es lo que he llamado, en otro lugar, su apuesta por una “espiritualidad terrena”: la lúcida conciencia de que la poesía es una revelación no ya de una verdad trascendente sino inmanente a la condición del hombre. “Lo ordinario —señala en *Dichos* (1993)— se transfigura, se vuelve lo que ya es, extraordinario, cuando nos damos cuenta de que pertenece a un todo que el pensamiento no puede abordar”. La escritura poética de Rafael Cadenas ha hecho suyo ese horizonte último y lo ha explorado, a través de casi medio siglo, con una pasión y una honestidad ejemplares. Por eso —y por mucho más—, ya era tiempo de que se pudiera tener acceso a su obra completa. Es manifiestamente insuficiente lo que puede decirse de ella en unas pocas líneas, pero cabe esperar que esta edición contribuya, tanto o más que la antología española, al justo reconocimiento de una de las aventuras más radicales, más honradas y más límpidas de nuestra poesía contemporánea. —

1 Rafael Cadenas, *Antología*, prólogo de Ana Nuño, Visor, Madrid, 1999.